

TRADICIÓN VERSUS MODERNIDAD EN EL PAÍS DEL SOL NACIENTE: UNA MIRADA EXTERNA

Anjhara Gómez Aragón

Universidad de Sevilla

RESUMEN

Cuando se habla de Japón a nivel popular, a menudo aparece la deseada contradicción entre el *Japón tradicional* y el *Japón moderno*. Pero, ¿podríamos decir, haciendo honor a la verdad, que Japón es un país tradicional o moderno? ¿Hay características que lo definan hacia un perfil determinado? Mientras hemos intentado responder a esta cuestión, hemos dejado de lado el significado de los propios conceptos de “tradicición” y “modernidad”, y cómo estos son utilizados para catalogar y clasificar de forma analítica en base a unos objetivos particulares. Analizaremos en este artículo cómo Japón ha sido y es susceptible de una mirada tamizada por estos conceptos por parte de *Occidente*.

En agosto de 1911, fallecía el emperador Meiji, poniendo así fin a un importante período histórico que fue testigo de la transformación de Japón de una sociedad feudal cerrada en sí misma a un Estado «moderno».

M. Hane (2003:165)

INTRODUCCIÓN

Desde que se le conoce, lo cual se remontaría más allá de la llegada de los portugueses a Japón en 1543, si consideramos las informaciones indirectas que llegaron a Europa ya en tiempos de Marco Polo, Japón no ha dejado de producir fascinación en los países *occidentales*. Nunca hemos dejado de sentirnos perplejos ante lo diferente o ante lo que, para nosotros, resulta inexplicable, y no podemos negar que, para la civilización occidental, Japón representaba (y representa) una realidad cultural extremadamente diferente. Tanto es así que, incluso hoy día, en la *sociedad de la información* donde encontrar y experimentar prácticamente cualquier vivencia es posible con relativa facilidad, Japón ya no es un país desconocido y, sin embargo, seguimos sin comprenderlo.

El ser humano tiende a realizar tipificaciones para hacer más factible la comprensión de la realidad. Estas tipificaciones pueden derivar en imágenes estereotípicas si se suman diversas circunstancias, como, por ejemplo, que traten de catalogar una realidad *externa* (no se poseen códigos culturales para una correcta interpretación), o cuando los signos utilizados para construir la tipificación son anecdóticos. En este sentido, cuando pedimos a alguna persona que piense en Japón, seguramente, entre las imágenes que acudan a su cabeza podamos encontrar alguna de éstas: geishas, sushi, samuráis, robots, rascacielos, flores de cerezo, manga/anime¹... Son, desde luego, algunas de las imágenes más conocidas globalmente para representar al País del Sol Naciente, y, más allá de lo estereotípico, no podemos restarles cierta veracidad.

Somos, además, tendentes a establecer categorías dicotómicas para categorizar nuestra relación con el mundo y simplificar la aprehensión de lo que nos rodea: bien/mal, vida/muerte, blanco/negro, luz/oscuridad... Aunque, bien es cierto que los grados intermedios existen, la búsqueda de la simplicidad analítica nos hace tendentes a la pura dicotomía, al menos a primera vista. Repasando las imágenes más frecuentes sobre Japón que hemos mencionado antes, podemos (y solemos) clasificarlas en torno a una dicotomía: tradición/modernidad. Pero, ocurre que, al tratar de decidirnos por uno de los términos, caemos en la contradicción; no somos capaces de decidir si Japón es un país tradicional o moderno y, en el mejor de los casos, nos acogemos a una postura ecléctica. ¿Dónde podemos situar a Japón? ¿Qué faceta mirar para catalogarlo? ¿Nos fijamos en sus avances electrónicos y en su sorprendente mundo empresarial, o nos dejamos llevar por el ambiente ancestral de *Hanamikoji-dôri* y por los cerezos en flor?

¿De dónde surge esta contradicción? ¿Es Japón verdaderamente un país contradictorio? ¿O somos nosotros los que, al atribuir categorías estanco, estamos provocando una contradicción conceptual?

CLASIFICANDO LAS SOCIEDADES DEL MUNDO

Siempre ha habido una serie de sociedades que han tenido el *privilegio (autoconcedido)* de establecer las categorías para clasificar el mundo. Este *privilegio* ha venido dado por el poder político y económico, en manos de los países europeos primero, de los occidentales

¹ Esta experiencia se realizó con un grupo de alumnos en la primera sesión del Seminario *Japón a través de sus imágenes*, celebrado en la Universidad de Sevilla en mayo de 2013 (ADEC JAP-AN en colaboración con el Área de Japonés del Instituto de Idiomas de la Universidad de Sevilla). A pesar de que algunos eran alumnos de materias relacionadas con Japón, los ítems relacionados aparecieron en prácticamente todas las sugerencias que se realizaron.

más tarde, y de los *occidentalizados*² hoy día. Podríamos citar innumerables ejemplos que dejan patente cómo las clasificaciones realizadas a lo largo de la historia responden no sólo a la necesidad de categorizar la realidad, sino a la de defender la propia posición de poder frente a la de *los otros*; como trasfondo tendríamos que hablar del concepto de identidad, a través del cual se establece, de nuevo, una dicotomía entre el *nosotros* y *los otros* basada en las limitaciones percibidas, a través de una relación directa entre diferentes grupos sociales, para llegar a un entendimiento recíproco (F. Barth; 1976:17-18).

Como venimos diciendo, desde este punto de vista, las divisiones históricas de la sociedad han sido numerosas, y, generalmente, han supuesto una gradación de poder establecida por dualidades: ciudadanos/esclavos, países desarrollados/subdesarrollados, Oriente/Occidente, centro/periferia... La que nos ocupa ahora procede del concepto de “progreso” acuñado durante la Ilustración europea, estableciendo como clasificador el binomio tradición/modernidad que permanece hasta nuestros días, y que ha servido tanto para establecer una diferenciación entre el *nosotros* y *los otros* (gestionando el poder a partir de estas concepciones), como para categorizaciones del ámbito académico³.

LOS PARÁMETROS DE LA MODERNIZACIÓN

La idea de *modernización* se construye a partir de las ideas de la Ilustración europea, muy relacionada con el concepto de *progreso*. En sí mismo, el progreso sólo implica un paso de un estadio a otro (un *cambio*), pero durante la Ilustración esta idea se impregnó de dos condiciones que hoy le son inherentes: la dirección del cambio (de peores a mejores condiciones), y la deseabilidad de que ese cambio se produzca (M. Harris; 1998:32-33). La idea de *progreso* viene de la mano de los primeros intentos sistemáticos de desarrollar teorías científicas que explicaran las diferencias culturales de los pueblos, en un momento en el que la expansión mercantil y la exploración del *Nuevo Mundo* (no sólo las Américas, sino también gran parte de Asia) marcan el ritmo de la Europa Ilustrada (M. Harris; 1988:738).

² Con *occidentalizados* hacemos referencia en este caso a que no sólo es válida la división geográfica Oriente/Occidente o Norte/Sur en lo que refiere al poder, sino que debemos basarnos en otros criterios. Utilizamos como base el planteamiento de división del poder de centro/periferia que establece E. Said (1978); los países entendidos como “centro” del poder económico y político serían aquellos que responden a una *occidentalización* según los criterios que trataremos más adelante.

³ En este sentido, hasta no hace mucho se entendía que el campus de estudio de la Antropología eran las *sociedades primitivas*, mientras que el de la Sociología eran las *sociedades complejas*. En pleno siglo XX se mantiene esta división creando debate en numerosas áreas de estudio. Como ejemplo paradigmático, esta cuestión aún debe ser explicada y salvada en especialidades como la etnomusicología, que ha estado vinculada durante décadas al estudio de los mal llamados *pueblos primitivos*. Al respecto, pueden consultarse: H. Myers (1992) o E. M. von Hornbostel (1905), entre otros.

La idea de *progreso* creaba la barrera dicotómica principal que servía para clasificar las diferentes sociedades en primitivas y modernas (complejas). Se entendía, de hecho, como un proceso mediante el cual las sociedades simples o *primitivas* podrían pasar a convertirse en *sociedades complejas*, buscando para ello unas leyes generales que explicaran esta transformación histórica. Así, a las sociedades que se caracterizarán como *modernas* se les atribuía una serie de características, a destacar:

-*Desencantamiento del mundo*, avance de la racionalización y eliminación de la centralidad de ideas metafísicas o religiosas (I. Moreno; 2000:107).

-Fe en la ciencia y en el avance tecnológico como medio de avance económico.

-Uniformización u homogeneización cultural.

-Existencia de un único motor del cambio y de la historia que, según diferentes corrientes, se situaría en el individuo o en las clases sociales.

Así, una sociedad se considerará *moderna* si ha alcanzado una serie de características definitorias que la sitúan en una posición concreta con respecto al resto de sociedades (un lugar en la escala evolutiva, podríamos decir siguiendo el paradigma evolucionista). Pero, si hacemos un pequeño esfuerzo reflexivo, nos daremos cuenta de que estas características están impuestas desde los criterios de la Europa ilustrada y, por supuesto, son una descripción (subjetiva y parcial⁴) de la sociedad europea de la época. Todo esto implica que una sociedad se podía considerar moderna cuando había alcanzado un cierto grado de parecido a las naciones europeas. De esta forma, el concepto de *modernidad* puede asimilarse al de *occidentalización*, una relación que hoy día permanece forjada prácticamente de manera universal.

SOCIEDADES ANCLADAS EN LA TRADICIÓN

Si nos fijamos en la literatura de la época, la caracterización de las *sociedades primitivas* no se basa estrictamente en unas peculiaridades propias, como puede ocurrir con las *sociedades modernas*, sino más bien en la oposición con estas últimas: una sociedad es *primitiva* cuando *no es compleja*, podríamos decir. Esto es así por la enorme variabilidad cultural que impedía a los estudiosos ilustrados dibujar una norma para aglutinarlas a todas más que por definiciones en negativo. Eso sí, pronto se fueron acuñando una serie de

⁴ Subjetividad y parcialidad en la interpretación de las bases de la modernidad, donde se evaluaban sólo ciertas conductas o tendencias, obviándose otras de forma -podríamos decir- más o menos intencional. M. Harris expone un buen ejemplo: *la formación de parlamentos representativos se consideraba en general un cambio progresivo. [...] Evidentemente ni la quema de los libros de Rousseau ni la expansión del sistema esclavista en el Nuevo Mundo eran ejemplos de progreso* (1998:32).

conceptos que fueron arraigando en los imaginarios populares y academicistas para definir a este elenco de sociedades *no modernas*: “salvaje”, “rural”, “exótico”, “oriental” (en su caso), “folklórico”, “no occidental” (también cuestionable)... Si bien este tipo de conceptos deben ser usados en la actualidad con precaución, nos queda el de “tradicional”, que *sobrevivió al juicio de los años setenta* (H. P. Myers; 1992:29) y aún hoy se utiliza, en muchas ocasiones, como eufemismo de lo que en plena ilustración fue *lo primitivo*.

En gran medida, cuando se ha hecho referencia a la tradición, ésta ha llevado implícita una relación con el pasado mediante *repeticiones estereotipadas*. Es aquí donde encontramos unas características definitorias aplicables a las designadas como *sociedades tradicionales*: aquellas que mantienen expresiones y valores culturales colectivos, transmitidos de forma oral y que se han perpetuado a lo largo del tiempo de una generación a otra en una determinada cultura o sociedad, no sujeto a cambios. Según esta forma de entender la tradición, los cambios y adaptaciones no tendrían cabida, y podríamos hablar de una diferenciación entre sociedades tradicionales/no tradicionales (modernas). Este punto de vista elude el hecho de que la mayoría de las manifestaciones culturales que se presentan como tradicionales (si no todas) están sujetas a cambios continuos, de forma que se adaptan constantemente a las condiciones y formas de vida actuales. Desde el punto de vista de la Antropología, así como de otras disciplinas, la tradición refiere a elementos del pasado que sobreviven en el presente con importancia funcional, simbólica, social, cultural, adaptándose a los cambios y redefiniéndose constantemente (G. Lenclud; 1987). De esta forma, la tradición resulta un continuo que sufre cambios en el tiempo, no una línea de separación entre presente y pasado.

Si bien, la inconsciencia es un punto a considerar en la transmisión y continuidad de numerosas prácticas (M. Salber Phillips; 2004:5-18), también es responsable de la adaptación a los nuevos requerimientos de la vida social. En el momento en que “nuevas tradiciones⁵” pasan a formar parte del acopio cultural de los grupos humanos, se institucionalizan y pasan a transmitirse de generación en generación, no podemos hablar de artificialidad: forman parte ya de la propia cultura, aunque se hayan activado de forma reciente. No podríamos decir, entonces, que las sociedades tradicionales sean aquéllas que viven ancladas en el pasado. No obstante, el término sigue teniendo reminiscencias de este tipo en el imaginario popular (a veces, incluso en el académico), y sigue asociándose con imágenes de exotismo, ruralidad, y,

⁵ Algunos autores han denominado a estos fenómenos como *tradiciones inventadas*.

en última instancia, cierto *primitivismo*. ¿Somos nosotros los que nos hemos quedado anclados en definiciones del pasado?

JAPÓN ENTRE DOS AGUAS: LA MIRADA OCCIDENTAL

¿Es Japón una sociedad tradicional o moderna? Cuando queremos responder a la pregunta clave del presente trabajo, no sólo debemos considerar todos los aspectos desarrollados hasta la presente, sino también una cuestión de gran interés: la mirada que se le aplica. En el mirar va implícito el atribuir, y las maneras de mirar no son neutras. Del mismo modo que el análisis de la comunicación y sus elementos está más que integrado, estamos menos acostumbrados al análisis de la mirada⁶; solemos realizar este análisis en ámbitos donde lo visual tiene preponderancia, pero nos olvidamos de que *mirar* va mucho más allá y es aplicable a todas las esferas de nuestra experiencia. La mirada indirecta, o lo que podríamos llamar construcción de imágenes mentales, es fundamental para entender determinados procesos, como la construcción de estereotipos. Quién mira, qué se mira, cómo y para qué se mira, cuándo se mira y en qué contexto; todos estos factores pueden incidir en la producción de unos resultados determinados: atribuciones, interpretaciones e imaginarios contruidos.

Lo primero que debemos plantearnos para responder a nuestra pregunta es: ¿quién mira Japón? Si hablamos de la mirada *occidental*, ¿qué contiene *Occidente*? Deberíamos volver a poner sobre la mesa la contraposición entre Oriente/Occidente, siendo conscientes de que suponen constructos elaborados desde el autoproclamado *Occidente* (E. Said, 1978). Además, y como hemos venido exponiendo, históricamente se ha relacionado *Occidente* con *modernidad*, lo que ya nos lleva a uno de los puntos de la contradicción. ¿Quién mira Japón? Su *ello* identitario y, por cierto, una *sociedad moderna*. Entonces, si una *sociedad moderna* mira a Japón, ¿lo hace pensando que es un igual (otra sociedad moderna), o que es una sociedad tradicional? ¿Qué filtro aplicamos? Podremos ver que, esta pregunta que a priori puede ser simplista, va a depender del cómo, para qué, cuándo y del contexto.

A continuación expondremos diferentes contextos en los que la mirada e interpretación de Japón desde *Occidente* varían en función de los factores señalados.

⁶ Existen trabajos muy interesantes sobre la mirada en contextos específicos. Por ejemplo, al respecto puede consultarse el trabajo de J. Urry dedicado a la mirada turística (*The tourist gaze*, 2002).

EL CONTEXTO MILITAR

Poco se habla, en general, sobre la organización militar de Japón, pero sí que debemos hacer referencia a dos momentos históricos que han contribuido a forjar algunas ideas en los imaginarios *occidentales* sobre Japón: la entrada del comodoro M. Perry en 1854, y la Segunda Guerra Mundial. Ambos acontecimientos suponen un fuerte cambio en la sociedad japonesa por imposición externa; aunque no es éste lugar para detenernos en los pormenores de la cuestión, podemos decir que esta imposición se basaría, entre otros, en la valoración externa (desde EE.UU.) que se realizó de Japón.

En el primer caso, la entrada de las tropas americanas supuso la firma del acuerdo de Kanagawa (1854). En la intervención estadounidense no puede negarse una cierta mirada paternalista mediada por un interés comercial y de recursos explotables. Es, de fondo, la consideración de una sociedad tradicional que debe ser guiada para avanzar hacia el progreso. A partir de este momento, con la apertura de Japón tras siglos de hermetismo y con lo que podríamos llamar el *redescubrimiento del otro*, el país debe hacer frente a una situación delicada en muchos sentidos. Sobre el asunto que tratamos, M. Hane afirma que: *los asuntos prioritarios era evitar que la nación sufriera el destino al que habían sucumbido otros pueblos asiáticos, es decir, caer en manos de las potencias occidentales. De ahí que una de las principales preocupaciones fuera lograr el fukoku kyôhei ('nación rica, ejército fuerte')*» (2003:102). Objetivo conseguido de pleno en lo que respecta al militarismo, pues ya en la Primera Guerra Mundial toma parte del lado inglés y, más adelante, en la Segunda Guerra Mundial a partir de la invasión a China (1937). Todo esto la hace merecedora de ser considerada una sociedad moderna, tomando su sitio en el orden mundial.

En este segundo caso, la ocupación estadounidense se mueve en parte por una cierta necesidad de control del enemigo. Tras el ataque de Pearl Harbour y el despliegue militar y, sobre todo, de esa *manifestación exterior del inquebrantable "espíritu japonés"*⁷ (R. Benedict; 2003:34), no podemos negar que, en la mirada externa ya no encontramos al "otro primitivo", sino a "uno de los nuestros" con "capacidad de hacernos frente". R. Benedict expone que, tras el cese de la guerra: *muchos americanos aún temían que los japoneses se mostraran resentidos y hostiles, como una nación de vengadores al acecho, dispuestos a sabotear cualquier programa pacífico* (2003:286). La idea de "haber necesitado usar armamento atómico para conseguir el rendimiento" acuciaba esa sensación incómoda. Es por ello que Japón deja de ser "el buen

⁷ Las decisiones militares resultaron, en muchos casos, sorprendentes o incomprensibles a los enemigos de los japoneses (R. Benedict; 2003:31-51), creando imágenes muy particulares. Un ejemplo es el de los bien conocidos pilotos *kamikaze*, sobre los que se han construido estereotipos muy potentes en los países *occidentales*.

salvaje” para convertirse en un enemigo a la altura al que se debe controlar a través de la imposición de unos cánones socio-culturales, en busca de la evitación del conflicto.

EL CONTEXTO DE LA ECONOMÍA (EL MERCADO) Y LA TECNOLOGÍA

En las cuestiones relacionadas con la economía y la tecnología la manera de *mirar* Japón no ha sido muy diferente de lo que ha ocurrido con el ámbito militar: desde unos objetivos comerciales fijados por intereses de fondo, Japón pasa de ser una sociedad que debe desarrollarse (“primitiva”) a producir el llamado “milagro económico” que tanto ha sorprendido al mundo. Ya hemos aludido en apartados anteriores a que la fe en la ciencia y el avance tecnológico componían una de las características que definían a las sociedades modernas, y, en este sentido, ya se vivía un período fructífero desde la *revolución Meiji*, a partir de la cual la apertura del país favoreció un desarrollo industrial y tecnológico espectacular. Por ejemplo, habría que destacar la asimilación de maquinaria y conocimientos científico-tecnológicos procedentes de los países *desarrollados*, por los cuales, el emperador Meiji y los gobiernos posteriores estuvieron muy interesados. Se enviaban técnicos japoneses al extranjero para el aprendizaje de los avances *occidentales*, así como también se contrataban algunos expertos para que acudieran a Japón. La asimilación de toda tecnología *occidental* fue una cuestión relevante que replanteó la economía japonesa.

Como en muchos otros aspectos, el período de ocupación estadounidense en la postguerra ha tenido mucho que ver en el desarrollo de la economía nipona. A partir de entonces, la lógica del mercado se ha introducido *inevitablemente* en Japón, con tan buena acogida que ha conseguido el alza del país hasta convertirse en la segunda potencia mundial después de EE.UU. Según F. Lanzaco Salafranca: *a mitad de los años '50 Japón representaba solamente un 2% de la economía mundial. En el año 1980 llegó a ser ya un 20%, y más aumentó en los años siguientes* (2000:11). En resumen, un ejemplo más de cómo Japón se acoge al ideal de “progreso” occidental, y lo desarrolla hasta posicionarse en un lugar privilegiado dentro del orden mundial. Tanto es así que, al hablar de economía, se duda en muchas ocasiones sobre el posicionamiento de Japón en el bloque occidental.

En cuanto al desarrollo tecnológico, en las últimas décadas es el componente *moderno* más recurrente en la imagen estereotípica que se posee sobre Japón⁸, donde uno de los mayores

⁸ A modo de anécdota, señalar el duelo de robots que EE.UU. lanzó como reto a Japón en 2015, y que, en el momento de escribirse el presente artículo, debe estar por celebrarse. Esto constata la batalla por el posicionamiento en el mercado de la robótica mundial, pero, de fondo, también podríamos observar un

exponentes que podemos citar es el *anime* en tanto que *lugar en el que se muestran de modo privilegiado las representaciones imaginarias relacionadas con la tecnología* (A. González Torrents; 2016:195-196) que, además, por su elevada expansión y difusión a nivel global, colabora mucho más a la incorporación de estos elementos en los imaginarios colectivos.

EL CONTEXTO DE LAS RELACIONES DE GÉNERO

Sin pretender extendernos demasiado sobre un tema que lo merecería, no debemos dejar de señalar que la imagen de la mujer japonesa conforma uno de los grandes mitos para Occidente. Es, sin duda, un icono tradicionalista con una doble cara: la *deseable* y la *enjuiciable*. Con el matiz *deseable* estaríamos hablando del exotismo atribuido, donde el kimono supone un punto clave:

Subyace en esta mirada la voluntad de mantener al Otro en la estricta jurisdicción que le ha sido arrogada, naturalizado en una entidad salvaje, animalizado en la desnudez o exotizado en un vestido tradicional, cosificado como el objeto folclórico de un pasado remoto. De este modo, se reconoce la "belleza natural" de la mujer japonesa en quimono, pero no en traje europeo (B. Guarné; 2008:768).

En cuanto al matiz *enjuiciable*, el machismo atribuido a la sociedad japonesa y la preponderancia masculina en las relaciones de género enturbian la realidad a este respecto, pero permiten el posicionamiento de superioridad frente a Japón justificado por el supuesto mantenimiento de unos cánones anticuados en los que el objetivo de la mujer japonesa es casarse⁹ y ser sumisa. No es momento aquí de destrozarse estereotipos ni de justificar el importante papel que ha jugado y juega la mujer japonesa en su sociedad¹⁰, pero, convendría hacer una breve reflexión sobre el hecho de que estas atribuciones tradicionalistas vienen realizadas desde perspectivas culturales diferentes, sin un entendimiento profundo de las relaciones sociales que ayudarían a comprender el verdadero funcionamiento de las relaciones de género.

componente militarista. Más información en el enlace: <http://www.gizmag.com/kuratas-suidobashi-megabots-giant-robot-battle-2016-gundams/38352/>

⁹ Sin considerar, por cierto, que estos objetivos son mantenidos (no sólo atribuidos) hoy día por muchas mujeres de nuestra sociedad, aunque no sea el *discurso oficial* que por lo general alega a la libertad de la mujer. No son situaciones tan diametralmente diferentes.

¹⁰ Remitimos a textos de gran interés al respecto, como la obra colectiva coordinada por E. Barlés y D. Almazán (2008), *La mujer japonesa, realidad y mito*; o el estudio de F. Lanzaco Salafranca (2012): *La mujer japonesa. Un esbozo a través de la historia*.

EL CONTEXTO TURÍSTICO

Partiendo de que el turismo¹¹ es, en sí mismo, y por lo general, consumo de exotismo, no queda ninguna duda de que valorar Japón a través del turismo impone una mirada exotizante y, por ende, tradicionalista. De la misma manera que ocurre con cualquier destino turístico, la construcción del destino *Japón* debe ofrecer al mercado global las peculiaridades culturales y paisajísticas que *enganchen* al turista. Si bien, es cierto que la tecnología y el paisaje urbano son aspectos muy tenidos en cuenta en la promoción del destino, si revisamos cualquier guía de viajes o publicidad turística veremos cómo priman imágenes de cerezos en flor, sushi, templos y mujeres en kimono. Sin negar la implicación de todas estas cuestiones en la realidad social japonesa, el turismo nos las ofrece de manera parcial, colaborando a la conformación de una imagen que posiciona de nuevo a Japón en la controversia entre *tradicción y modernidad*, aunque más cerca de la primera.

Otra cuestión relacionada con el turismo es la imagen construida sobre los turistas japoneses. En el ámbito turístico, Japón es un país más especializado en la emisión que en la recepción (A. Gómez Aragón; 2014:24-26); en muchas ciudades europeas resulta habitual encontrar grupos de turistas japoneses. La gran incidencia de viajes en grupo ha hecho que se asocie la idea del japonés con la del turista gregario, manejable y/o sumiso. Las normas de cortesía y educación japonesas se han interpretado en ocasiones por el colectivo receptor como formas de sumisión. Esta cita periodística, no menos que anecdótica, resume con más o menos fidelidad el imaginario español sobre el turista japonés:

Hasta de lejos, cuando podría confundírseles con adolescentes bajitos, a los japoneses se les reconoce porque siguen al guía -por lo general, chica joven y también japonesa- con una disciplina extraordinaria: nunca tiran nada al suelo ni se suenan los mocos, fotografían todos desde el mismo sitio y al mismo tiempo, e igual hacen cola una hora y media bajo la lluvia para subirse a una góndola de Venecia, que para beber sangría en un tablado flamenco de La Coruña. Todos llevan, además, bolsas de Luis Vuitton. (A. Pérez-Reverte; 2009:454).

¹¹ Por supuesto, nos referimos al turismo cultural y no a otras tipologías (sol y playa, rural,...).

EL CONTEXTO CULTURAL

Entendemos que la cultura lo abarca todo, pero, cuando hacemos referencia ahora al concepto *cultural* nos posicionamos en el punto de vista mediante el cual intentamos describir, difundir y disfrutar de la cultura japonesa, o bien de nuestra interpretación particular de la misma. Hablamos de actividades de carácter lúdico, deportivo o de ampliación de conocimientos/habilidades que, en las últimas décadas, se vienen desarrollando por un número cada vez mayor de asociaciones o colectivos a nivel internacional. Encontramos aquí la mayor de las controversias: ¿qué Japón se transmite mediante este tipo de actividades? En general, el Japón ambivalente, el contraste, la sorpresa y, desde luego, lo diferente. Aunque quizás el tratamiento de las tradiciones culturales cobre más protagonismo (*ikebana, shodô, kendô, haiku* y un largo etcétera), la pasión por el Japón moderno no queda muy atrás (*anime, videojuegos, robótica, etcétera*).

El contexto cultural ofrece escenarios muy diversos que se adecúan a la población diana de las actividades que se realizan. De esa misma manera, la mirada que aplicamos se adapta para hacer partícipe al colectivo participante. La mayoría de asociaciones que realizan este tipo de trabajos (algunas formadas por personas japonesas y otras no) pretenden ofrecer una imagen real que promueva la comprensión de la cultura japonesa; pero, ante los condicionantes obligados de las actividades (requerimientos temporales, económicos, organizativos...), el resultado final suele fomentar una mirada parcial que fomenta, en mayor o menor medida, el uso de una mirada u otra según el caso. Y la vuelta al principio: *Japón es un país de contrastes*.

CONCLUSIONES

Dado que el concepto de modernidad es puramente occidental, es lógico establecer el inicio del proceso de modernización para Japón en el momento en que entra en contacto con *Occidente*, asimilando rasgos socio-culturales y avances científico-técnicos. No cabe duda de que esta modernización supone realmente un proceso de occidentalización. Ropa, música, cine, tecnología, política... son algunos de los aspectos que se han visto influenciados por las sociedades *occidentales*, aunque no por ello Japón ha dejado atrás rasgos propios y característicos.

Pero, ¿podríamos decir que Japón es un país tradicional, o moderno? Queda más que patente que una sociedad no puede ser tradicional o moderna, pues éstas son atribuciones construidas. Que una determinada sociedad cumpla los criterios establecidos de modernidad (establecidos desde luego por los *estados modernos*) no implica que su tradición esté reñida.

Esa contradicción entre tradición/modernidad no es más que una interpretación externa nada casual, en la que se adapta la mirada global según fines específicos o determinados intereses. Si analizamos cualquier sociedad podríamos llegar a la misma controversia; ¿por qué entonces se aplica a Japón? En general, por el extrañamiento que su cultura y normas sociales generan en el resto de *sociedades modernas*, de tradición centro-europea.

BIBLIOGRAFÍA

BARTH, Fredrik (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1976.

BENEDICT, Ruth, *El crisantemo y la espada*. Madrid, Alianza editorial, 2003.

CABEZAS GARCÍA, Antonio, «Impacto mutuo de Japón y las demás civilizaciones», en: CID LUCAS, Fernando (coord.) *Japón y la Península Ibérica, cinco siglos de encuentros*. Gijón, Satori, 2011.

GÓMEZ ARAGÓN, Anjhara:

(2011) «Interpretaciones mutuas entre España y Japón: imágenes construidas», en: CID LUCAS, Fernando (coord.) *Japón y la Península Ibérica, cinco siglos de encuentros*. Gijón, Satori.

(2014) «El turismo en las relaciones entre Japón y Occidente» en: GÓMEZ ARAGÓN, A. (ed.) *Japón y su relación con Occidente. Conmemoración de los 400 años de relaciones España-Japón*. Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía.

GONZÁLEZ TORRENTS, Alba, «Robots, armaduras y mundos virtuales: tecnología e identidad en el anime», en: GÓMEZ ARAGÓN, Anjhara (ed.) *Japón y Occidente: el patrimonio cultural como punto de encuentro*. Sevilla, Aconcagua, 2016.

GUARNÉ, Blai, «Escarnios e injurias en la representación de la mujer japonesa» en: BARLÉS E. y ALMAZÁN, D. (coord.), *La mujer japonesa: realidad y mito*. Zaragoza, Premsas Universitaries de Zaragoza, 2008.

HANE, Mikiso, *Breve historia de Japón*. Madrid, Alianza Editorial, 2003.

HARRIS, Marvin:

(1988) *Introducción a la antropología general*. Madrid, Alianza Editorial.

(1998) *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid, Siglo XXI de España editores.

Von HORNBOSTEL, Erich M., «Los problemas de la musicología comparada» [artículo original de 1905], en: CRUCES, Francisco et al. (ed.) *Las culturas musicales*. Madrid, Trotta, 2008.

KOHACHIRO TAKAHASHI, H., *Del feudalismo al capitalismo. Problemas de la transición*. Barcelona, Editorial Crítica, 1986.

KRARUP NIELSEN, Aage, *Japón. La nueva gran potencia mundial*. Barcelona, DUX Ediciones y publicaciones, 1954.

LANZACO SALAFRANCA, Federico, *El mundo de la empresa japonesa ante el siglo XXI: necesidad de un nuevo modelo*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2000.

LENCLUD, Gérard; «La tradition n'est plus ce qu'elle était... Sur les notions de traditions et de société traditionnell en ethnologie». En: *Carnets du Patrimoine Ethnologique*, 9. París, 1987. Pp. 10-123.

MORENO NAVARRO, I.; «Quiebra de los modelos de modernidad. Globalización e identidades colectivas». En ALCINA, José y CALÉS, Marisa (eds.), *Hacia una ideología para el siglo XXI*. Editorial Akal, Madrid, 2000.

MYERS, Helen P., «Etnomusicología» [artículo original de 1992], en: CRUCES, Francisco et al. (ed.) *Las culturas musicales*. Madrid, Trotta, 2008.

PÉREZ-REVERTE, Arturo; *Cuando éramos honrados mercenarios, artículos 2005-2009*. Madrid, Alfaguara, 2009.

SAID, Edward, *Orientalismo*. Barcelona, DeBolsillo, 2007 [Original de 1978].

SALBER PHILLIPS, Mark; «What is tradition when it is not 'invented'? A historiographical introduction». En: *Questions of tradition*. University of Toronto Press; London, 2004. Pp. 4-27

SIERRA DE LA CALLE, Blas, *Cipango. La isla de oro que buscaba Colón*. Valladolid, Caja España, 2006.

SMITH, Robert; *La sociedad japonesa. Tradición, identidad personal y orden social*. Ediciones península. Barcelona, 1986.